



«Ayudarse a hacerse santos» (Beato Santiago Alberione)

“Sean transformados” ... en la Vida Fraterna Paulina

(Hna. Tosca Ferrante, Hermanas Apostolinas)

En la encíclica *Fratelli tutti*, el papa Francisco ha reafirmado fuertemente y con decisión que el único camino posible para una fraternidad universal está en convicción de que «Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1Jn 4,16).

Así pues, la fraternidad, también en el ámbito de nuestras comunidades, halla su fundamento en una realidad que supera con mucho el voluntarismo, yendo a la esencia de nuestra vida consagrada: la consciencia de haber sido amados y ser, por naturaleza y gracia, testimonios de amor.

Todo esto, como releva justamente el tema del Capítulo general, calcado de la certera palabra de nuestro padre san Pablo, requiere la disponibilidad a dejarse renovar en la mente, a consentir que el Espíritu la invada para sintonizarla con el corazón, las fuerzas físicas, la vida.

Sentirse llamados a ser “artesanos de comunión” entra de lleno en este trabajo continuo de remodelar la propia vida, y de consecuencia la de nuestras comunidades, asumiendo los perfiles de un rostro gozoso, pacificado, intencionado a anunciar, en la profecía perteneciente a nuestro depósito vocacional, la belleza del Evangelio en el amplio y poblado espacio de la comunicación.

Me he visto envuelta en esta pequeña reflexión que puede ayudarnos a recapacitar:

«La casa por fin tuvo una techumbre. Era pequeña pero era nueva. Y los tres que la habitaban estaban en ella muy bien. Pensándolo, parece extraño que pueda construirse una casa en un agujero. Se necesita empeño, y fuerza, y fatiga, así como palabras y silencios, y memoria. Pero se puede» (B. MASINI, *Si Può*, Carthusia, Milano, 2014).

La crisis que nuestras comunidades atraviesan ya desde hace años, antes de estar enganchada a la dimensión apostólica, es crisis de fraternidad, de vida comunitaria que a menudo no logra decir y dar algo significativo. A veces uno se encuentra en espacios donde indiferencia, mutismo, resignación parecen reinar soberanos.

Y sin embargo se puede construir la fraternidad paulina también en este tiempo difícil de vivir: se requieren empeño, deseo, disposición de levantar la mirada, palabras, silencios, memoria, capacidad de salir de nuestro reducto y ver los rostros de quienes, fuera de nuestras comunidades, nos

miran con esperanza y aguardan de nosotros palabras y gestos de solidaridad, de fraternidad, de cuidados.

Todo esto exige *pasos concretos* que dar ahora, enseguida. La gente, y con ella nosotros, tal vez anda desorientada, presa del miedo al futuro, sola. Nosotros podemos, y debemos, ser capaces de decir palabras de futuro a estas personas, lo podemos hacer porque es un don que hemos recibido en nuestra vocación paulina.

Apostolado y vida fraterna caminan a la par, no en *raíles paralelos*, sino como vasos comunicantes que se alimentan y valorizan recíprocamente.

Respecto a la fraternidad, me detengo brevemente en dos palabras que considero *necesarias* para hacer cualitativamente significativo nuestro vivir juntos.

PERTENENCIA

Un cantautor italiano, Giorgio Gáber, en un texto suyo que tiene por título precisamente esta palabra, afirma:

«La pertenencia. No es el esfuerzo de un mero estar juntos. No es el estímulo de un normal quererse. La pertenencia es tener a los demás dentro de sí. [...] No es una agrupación casual de personas, no es el consenso a una aparente agregación: la pertenencia es tener a los demás dentro de sí. [...] Es mucho más que la salvación personal, es la esperanza de todo hombre que está mal y no le basta con ser cortés. Es el vigor que se siente si eres parte de algo que de suyo arrasa cualquier egoísmo personal con un aire más vital de veras contagioso. [...] Yo estaría seguro de cambiar mi vida si pudiera empezar a decir nosotros».

Evidentemente él no pensaba en nuestras comunidades cuando compuso esta canción, pero en ella encuentro sin duda algunas características que en nuestras realidades están ya presentes, otras que necesitan ser potenciadas, otras que es preciso reavivar y vivir.

- *Tener a los otros dentro de sí:* significa cuidar de quien está al lado, de las realidades a menudo dolorosas que se dan en nuestras comunidades, de nuestras obras apostólicas, etc;
- *es el vigor que se siente si eres parte de algo que arrasa los egoísmos y se hace contagioso:* expresa la capacidad de soñar juntos, de creer en un futuro todavía posible justo porque el fundamento de nuestro estar juntos es don del Espíritu;
- *yo estaría seguro de cambiar mi vida si pudiera empezar a decir nosotros:* la posibilidad del nosotros está manifiesta en la vida comunitaria, en los votos que hemos emitido, en nuestro rezar juntos, etc. ¡Cuánta soledad fuera de nuestras comunidades, cuánto egoísmo, individualismo, y cuántas posibilidades tenemos nosotros para hacer que todo esto no se *instale* en nuestras realidades, desafortunadamente, de sufrimiento a veces por estas razones!

SANTIDAD

El beato Alberione, hablando de la vida comunitaria, se expresaba así:

«Hay vida de comunidad allí donde se busca juntos la santidad, donde se da unión de pensamientos, de corazones, de obras, de oraciones, donde se asiste a los ancianos, a los enfermos... La vida comunitaria es un organismo, no un mecanismo; en ella la persona sirve al conjunto, y el conjunto sirve a cada uno».

Es interesante esta perspectiva suya, en la que, antes de estar atada al hacer juntos las cosas, la fraternidad se anuda al camino de *santidad* consistente en una integración personal y comunitaria de pensamientos, sentimientos, acciones, vida de oración, etc. El *organismo*, cual es la vida comunitaria, dice dinamicidad, crecimiento, futuro, esperanza, compromiso, sufrimiento, energía y vejez, vigor y sensatez...

Ser testimonios creíbles hoy, con el color y el sello paulino, significa decir y dar a Jesús al mundo, empezando por atestiguarlo en nuestro modo de estar juntos, en *narrar con la vida* que las diferencias individuales pueden generar puentes y no muros; que el valor de la vida no está supeditado a los quehaceres sino a la sacralidad misma de la vida, etc.

Se trata de dar un paso sustancial: del amor como sentimiento al amor como opción de vida. Sólo el amor como opción de vida es capaz de *dar la vida* y de *darla* a quien está frente a mí, al lado, lejano...

La escritora holandesa Etty Hillesum, hebrea víctima del holocausto, afirmaba:

“No son los hechos lo que cuenta en la vida, cuenta sólo lo que se llega a ser gracias a los hechos”.

Este es, creo, el camino de conversión al que se nos apremia: mejorar siempre lo que estamos llamados a ser, hasta que Cristo tome forma en nosotros. Y este camino es precioso, significativo y creíble, sólo si se vive conjuntamente, en fraternidad:

«¡Qué sublimidad, la vida comunitaria! Vista desde fuera y materialmente podremos siempre decir de ella algo negativo; pero si la tomamos en su verdad, en su profundidad y en su intimidad, en el encuentro de todos con Cristo, entonces alcanza enorme valor, tanta preciosidad...» (Beato Santiago Alberione).

¡Buena vida transformada y transformante!